

á la construcción de obras magníficas, con que se daba de comer á un gran número de obreros sin trabajo. Si con frases altisonantes se ha de sancionar la violación del senado-consulta de 21 de Diciembre de 1861, poco trabajo costará alegar para todo gasto hecho, la gloria, el honor, la prosperidad, la preponderancia de la Francia, aun cuando nada tengan que ver con la exhibición tan recomendables atributos.

Triste es que un aumento tan notable de ingresos, como el calculado para el año que corre, esté ya destinado para hacer frente á los desembolsos de esa misma expedición sin plan, sin motivo y sin resultado plausible. Acaso sus gastos no bajarán, si se considera que ya en 1862 estaban las tropas francesas en territorio mexicano, y que ahora su número es mayor que antes; pero aun pasando por alguna reducción, nunca dejará de ser fuerte esa erogación adicional, abominable por innecesaria, y que sería á la larga una causa de ruina, por constituir un gravámen anual de quince ó veinte millones de pesos, según los cómputos más reducidos.

El equilibrio del presupuesto francés continuará perdido en 1864, último año de que se ocupa el informe, y con mayor razón en adelante. La esperanza de que disminuyan los gastos de la expedición, es ilusoria, si de esa manera se busca un resultado satisfactorio. Anúnciase ya el reembolso de los costos de la guerra, resultado que sería escandalosísimo. La nación incicuamente invadida no tiene obligación de dar indemnizaciones, sino antes bien, derecho de pedir las al audaz agresor que ha abusado de sus fuerzas, para infringir los principios más incuestionables del régimen internacional.

A los deplorables resultados financieros de la política del emperador, se agrega la impopularidad de la guerra en Francia y en el mundo entero. Conociendo el despótico Napoleón que lo opinión pública condena sus planes belicosos, trata de ahogarla donde quiera que asoma, para que no lo derribe su irresistible embate. Con empeñoso afán se oculta cuando emana del gobierno mexicano, formando contraste ese secuestro completo, con la plena publicidad que tiene en México hasta la última palabra del monarca francés ó de sus órganos. Está igualmente prohibida en el imperio, la circulación de cuantos folletos ó artículos de periódicos censuran la política del grande hombre; de suerte que, para salvar la frontera, tienen los empresarios de diarios independientes, que hacer

nuevas ediciones en que se suprime todo lo disonante para los oídos de S. M. Los periodistas franceses de oposición, solo incidentalmente se ocupan de la cuestión mexicana, sin atreverse á manifestar sus ideas, á no ser sino por medio de mil circunloquios, como sucedió al *Siecle*, para indicar que se tratara aun cuando fuese con Juárez. Este hecho prueba, sin embargo, que el voto nacional acaba siempre por abrirse paso, buscando un respiradero por donde hacer explosión.

En cambio de ese silencio obligado, los periódicos imperialistas tienen carta blanca para mentir y calumniar. Sus columnas se llenan con correspondencias auténticas ó apócrifas, exactas ó adulteradas, en que se altera con desenfado la verdad de los hechos. Lo que ponen de su propia cosecha, es todavía más absurdo, más disparatado: en la colección de sus noticias, por una cierta hay noventa y nueve falsas.

De los muchos artículos á que son aplicables las anteriores observaciones, merece particular mención por el nombre del que lo suscribe, el publicado en la *France* con el rubro de "Cuestión de México," por el historiador baron de Bazancourt.

Después de atribuir la demora de las operaciones á la falta de acémilas, hace el articulista consistir las dificultades de la expedición, en los caminos puestos intransitables por las lluvias, en las enfermedades que se ceban en hombres debilitados por diversas causas, en los obstáculos imprevistos que oponen la casualidad á la más sagaz experiencia; no en el ejército mexicano, que disponiendo de todas sus fuerzas en su propio país, fué impotente durante cuatro meses, para forzar las posiciones que ocupaba un pequeño cuerpo expedicionario de 5 á 6,000 hombres fatigados y estenuados con las marchas y privaciones; no en el enemigo, que habiéndose situado en una altura que dominaba el campamento francés de Orizaba, fué desalojado por un capitán al frente de una compañía; no, en fin, en esas tropas tan fáciles de dispersar, que una carga de cazadores de vanguardia bastó para hacer huir, en Plan del Río, á los lanceros rojos de la caballería mexicana.

Los obstáculos naturales, que tanto se encarecen, serían insuficientes por sí solos para detener á los invasores. La verdadera causa del retardo de las operaciones de éstos, consiste en la muralla que han opuesto á su paso las armas nacionales.

Ese ejército de que se habla en tono tan despreciativo, es el mismo que venció

en 5 de Mayo, sin ventaja alguna, á la flor de los soldados franceses. Si no forzó después su posición en Orizaba, fué porque durante mucho tiempo su superioridad numérica era insignificante; y cuando recibió algunos refuerzos, con los que estuvo siempre muy lejos de disponer de la totalidad de las fuerzas del país, hubiera según todas las probabilidades, derrotado de nuevo á Laurencez y á los traidores sus aliados, á no haber frustrado sus planes un descuido imprevisto. En la sorpresa del Borrego, no fué desalojada más que la avanzada de una división, sin que procediera aquel lamentable incidente de la heroicidad del ataque, pues fué debido exclusivamente al aturdimiento natural de la tropa acometida en un profundo sueño. Y en la escaramuza de Plan del Río, los lanceros mexicanos hicieron al enemigo en su tránsito los daños posibles, que era lo único que se había propuesto.

Donde bastan compañías para derrotar ejércitos, no hay resistencia formal que oponer á fuerzas numerosas. Los 30,000 hombres de Forey deberían de llevar meses de estar descansando en la capital de la República, después de haber derribado de un soplo á los cuitados que les hubieran cerrado el paso. La prolongada inacción de los franceses no es explicable, á ser tan despreciable, como se tiene el descaro de afirmar, el enemigo que tienen al frente.

Cuando leemos semejantes paparruchas bajo la firma del acreditado escritor baron de Bazancourt, ganas nos dan de arrojar al fuego sus historias de las guerras de Crimea y de Italia, porque si están escritas, como es de suponerse, con la misma imparcialidad y veracidad que los episodios de México, tiempo perdido es el que se emplea en estudiar cuadros de fantasía.

Si la conducta arbitraria del gobierno francés entraña la violación más escandalosa de los preceptos contenidos en el Código de las naciones, la conducta del gobierno de los Estados-Unidos entraña á su vez la violación de las obligaciones de la neutralidad. Nadie hubiera creído que, á más del abandono absoluto de la salvadora doctrina de Monroe, en un negocio que atañe muy de cerca á nuestros vecinos, se hubiera llevado el temor á la Francia hasta el grado de hacerle concesiones que se nos han negado á nosotros. No sabemos si es mayor la sorpresa ó el disgusto causado por actos tan extraños.

Falto el ejército de Forey de los elementos necesarios para el buen éxito de sus operaciones, mandó comprar á Cuba

y á los Estados-Unidos, medios de transporte y municiones de guerra. La marcada hostilidad á México del general Serrano, hizo suponer desde luego que no pondría dificultad como era de sudeber, á que nuestros enemigos adquirieran en las posesiones de una potencia neutral, artículos reputados siempre de contrabando entre los beligerantes. Pero si tal era la creencia general respecto del duque de la Torre, no sucedía lo mismo acerca del gobierno de Washington, del cual se tenían fundadas esperanzas de que observara distinta conducta. Estos cálculos salieron fallidos, y las compras francesas se hicieron en Nueva-Orleans y en Nueva-York.

Luego que nuestro encargado de negocios, el patriota y ameritado Sr. Romero, tuvo conocimiento de lo ocurrido, dirigió la correspondiente reclamación al Secretario de Estado, quien salió con la ridícula evasiva de que no reconocía estado de guerra entre México y Francia, cuando lleva diez meses de existir de hecho, ya que no de derecho.

A esta absurda respuesta agregó Mr. Seward que estaba en nuestro interés que los mercados de su país estuviesen abiertos para todos, á fin de que cada cual exportase lo que le conviniera.

Aceptadas estas ideas por nuestro encargado de negocios, reclamó éste su falta de observancia respecto de la exportación de 36,000 fusiles belgas, 15,000,000 de cápsulas y algunos miles de pistolas y espadas compradas para México.

En contestación se le dijo: que si bien los artículos comprados por los franceses eran contrabando de guerra, no se podía impedir su exportación, quedando los particulares interesados en la venta, sujetos á los peligros consiguientes; pero que las armas no podían ser exportadas, en virtud de una prohibición especial, por necesitarlas los Estados Unidos para sus propios soldados y para evitar que cayeran en el mar en poder de los rebeldes.

El Sr. Romero replicó, fundando con habilidad su disentiendo, en los principios generales del derecho internacional; en el tratado vigente, que prohíbe expresamente el contrabando de guerra, en el caso de que una de las repúblicas esté en hostilidades con otra nación; y en la inconsecuencia en que se incurria al observar la misma conducta que se ha echado en cara á la Inglaterra, como una falta á los deberes de la neutralidad.

A pesar de ser tan incontestables estas observaciones, no habían producido el

efecto de hacer que se reparara el mal causado con no haber permitido que viniera á México un armamento que tanta falta le hace, llevándose la oposición al extremo de haberse mandado detener y embargar el cargamento de un buque que habia salido para Québec, en el Canadá, desde donde debia dirigirse á Matamoros, hecho que se habia efectuado sin conocimiento oficial del gobierno de los Estados Unidos.

Tales son los antecedentes de este desagradable negocio, dados á conocer por la prensa norte-americana; pero no sabemos cómo conciliar el mal éxito de las fundadas reclamaciones de nuestro representante en Washington, con la noticia publicada en estos últimos dias en tono de seguridad, de haber llegado ya á Matamoros una considerable cantidad de armamento de diversas clases. Acaso se allanarían á últimas fechas las dificultades opuestas á la adquisicion de ese elemento de guerra, influyendo en el cambio, las manifiestas demostraciones de la opinion pública en favor de México.

En efecto, la impopularidad de Mr. Seward era cada vez mayor, acusándosele en las Cámaras y en la prensa, entre otras cosas, de extraordinaria debilidad en las cuestiones exteriores.

La violacion que ha cometido con México de las leyes de neutralidad, ha sido también ácremente censurada; y no limitándose el descontento público á esta crítica, empieza á darnos marcadas muestras de simpatías.

Así, en la Cámara de Senadores se ha hecho ya proposicion, (aunque no se ha confirmado esta noticia) para que no se consienta la intervencion de la Francia y se nos suministren cuantos auxilios necesitemos.

Así igualmente se ha instalado en Baltimore una *Sociedad de amigos de México*, la cual ha resuelto ya, que cumple á todo ciudadano americano alentarnos y ayudarnos, comenzando por coleccionar fondos, que se emplearán en la defensa del país contra el invasor.

Tiempo es ya de que nos ocupemos, para cerrar esta larga revista, de lo ocurrido en México en el mes á que nos referimos, en lo que está relacionado con la cuestion extranjera.

El gobierno investido de facultades omnímodas, ha expedido varios decretos de marcada importancia.

Por uno se han mandado embargar y vender al mejor postor, los bienes perte-

necientes á los traidores, haciéndose la correspondiente enumeracion de los comprendidos bajo ese nombre.

Por otro se ha declarado que se castigará irremisiblemente á los mexicanos que presten algun auxilio al invasor, castigándose con una pena que no baje de un mes de prision, ni exceda de dos años de trabajos forzados, á los que hayan continuado residiendo en las poblaciones ocupadas por el enemigo, á no ser que se pruebe la imposibilidad de abandonarlas.

Se ha declarado ya dia de fiesta nacional el 5 de Mayo, accediéndose así á las repetidas peticiones hechas con ese objeto.

Se ha dispuesto la organizacion de fuerzas populares en el Distrito, á fin de que encuentre mayores obstáculos el ejército francés en su tentativa de invasion de la capital, si llegare á formalizarla.

Se ha ordenado la excomunión de monjas en toda la República, con cuya disposicion se ha arrojado un audaz cartel de desafío al bando reaccionario, y á sus aliados de Ultramar.

Se ha declarado, por último, el pago de un nuevo uno por ciento sobre capitales, y otro uno por derecho de timbre, sobre el valor de toda obligacion de pago, para aumentar con esas entradas los recursos que se necesitan en abundancia para el sostenimiento de la guerra exterior.

Dos ministros extranjeros han salido de esta capital para sus respectivos países. Fué el primero Sir Charles Wyke, que tan meritoria conducta ha observado en México desde las conferencias celebradas en Veracruz entre los comisarios de las tres potencias aliadas, enmendando con este noble comportamiento los agravios que nos habia inferido anteriormente.

El segundo diplomático que se ha ausentado, es el ministro prusiano Mr. Wagner, de quien varias veces hemos tenido que ocuparnos, siempre para mal. Consecuente con sus aberraciones de costumbre, en que campeaba á la vez la más profunda ignorancia y la más antojadiza audacia, quiso delegar, como si fuese mueble de traspaso, la representacion que ejercia, en favor de los súbditos de potencias extrañas. Resistida tal arbitrariedad por nuestro ministro de relaciones, con la fuerza de lógica y la incontrastable energía de que ha dado tantas pruebas, cometió el de Prusia el nuevo insulto de poner á los extranjeros que han estado encomendados á su lamentable proteccion, bajo la salvaguardia del cuerpo diplomático, y de cada uno de sus miembros en particular, con-

fiándolos sobre todo al honor y la lealtad del pueblo mexicano. Lo primero ha sido insistir en una irregularidad no consentida. Lo segundo, si bien importa un elogio de las generosas dotes del pueblo de que ha solido dar Mr. Wagner tan pérfidos informes á las cortes extranjeras, envuelve á la vez un agravio al gobierno, que lo ha rechazado dignamente. La última hazaña de ese insigne varon, ha sido la de seducir á algunos de los soldados que le sirvieron de escolta, para que se pasaran con los traidores.

Entre los documentos publicados últimamente, relativos á cuestiones capitales de la intervencion extranjera, figuran la correspondencia cambiada entre nuestra secretaria de relaciones y las legaciones de Inglaterra y Francia, con motivo de la ley de suspension de pagos, de 17 de Julio de 1861; y el tratado que debió poner término á nuestras desavenencias con la Gran Bretaña, y que afortunadamente no fué aprobado allí. Obligados por la grande importancia de esas piezas, á no pasarlas por alto como deseáramos, tenemos el sentimiento de manifestar que no estamos conformes con el giro dado al negocio de la suspension, y que tampoco lo estamos con el tratado, especialmente con su cláusula adicional, que nos parece de todo punto inadmisibles.

Se ha publicado una nueva correspondencia interceptada á Jecker, en la que hay como en las anteriores, sapos y culebras. Las intrigas de los deudos del banquero suizo continúan sin interrupcion, patrocinadas por Saligny, por Gabriac, por Marpon y por Morny, interesados todos en la especulacion de los bonos. Lo más notable de las nuevas cartas dadas á luz, es un insidioso concepto de un tal Fournier, sobre presentacion en la aduana de Veracruz de los bonos Jecker, exigiendo su admision en un 20 por 100 del importe de los derechos causados, como si estuviera vigente el llamado decreto de Miramon. Se pretendia con ese proyecto extender el círculo de los interesados en el más desastroso negocio de agio que registran nuestros anales financieros, para que siendo luego apoyadas las gestiones de todos por sus respectivos ministros, se volviera el asunto comun á toda la diplomacia europea. Acaso para favorecer el desarrollo de esa combinacion, se arregló el viaje á México del sobrino Luis, quien llegó ya á Veracruz, y debe encontrarse á la fecha en el cuartel general del ejército invasor, tratando de ganar á Forey con el auxilio del

conde Dubois, poderoso y decidido protector de la casa especuladora.

Acababa apenas de publicarse nuestra revista anterior, cuando llegó á esta capital la plausible noticia, que fué solemnizada debidamente, de la derrota de los franceses en Tampico. Al retirarse de la barra, fué atacado el enemigo por las fuerzas del general Garza, á las que abandonó varias embarcaciones cargadas de pertrechos de guerra, de víveres y otros efectos, teniendo además que incendiar un vapor, montado con cinco piezas rayadas, el cual no pudo llevarse. Continuó con este triunfo la serie de los acontecimientos propicios á las glorias nacionales.

El patriotismo de que están animados los mexicanos, sigue revelándose de una manera tan patente como satisfactoria. No obstante el aumento de las contribuciones que el gobierno se vé obligado á imponer para subvenir á las necesidades públicas, afluyen de todas partes donativos destinados á las exigencias de la guerra. Es además, una fuente perenne de recursos la coleccion de los productos de diversiones dedicados al mismo fin patriótico y humanitario. Corridos de toros, funciones teatrales, comedias de aficionados, bailes, ascensiones aereostáticas, y en una palabra, cuantos entretenimientos son imaginables, se repiten con profusion en la República entera, para mandar auxilios al valiente ejército, encargado de defender la nacionalidad mexicana. Realza el mérito de esos arbitrios para conseguir dinero, la circunstancia de ser puestos en práctica por el bello sexo, que cumple así á su vez con los deberes que la patria exige de todos sus hijos, y que hace más productivo el resultado de tales trabajos.

El sexo fuerte por su parte no descuida el cumplimiento de la obligacion que le incumbe, de oponerse con las armas en la mano, á la invasion del territorio nacional. En la nueva organizacion dada en estos últimos dias al ejército de Oriente, ha podido ver el mundo entero que están representados casi sin excepcion, los Estados todos de la República. En la guerra extranjera que se nos ha obligado á sostener, ninguna de las entidades soberanas en que está dividido el país, ha visto con indiferencia el peligro comun. De las estremidades más remotas de esta tierra tan calumniada, han venido ciudadanos armados para la defensa de la independenciam, salvando distancias enormes, arrojando privaciones y fatigas. Apenas puesta en

marcha una fuerza, se comienza á trabajar en la organizacion de otra, que venga á su turno á pelear con los invasores. Imposible es que una nacion en que los hombres acuden presurosos al combate, dejando siempre tras de sí quienes ocupen su hueco luego que sucumban, mientras las mujeres se afanan en proporcionarles armas, vestuario, víveres y hospitales, caiga bajo el yugo ominoso del extranjero.

Y mientras los mexicanos están dando estas honrosas pruebas de su decision patriótica, el ejército invasor se desmoraliza, como lo demuestra la no interrumpida desercion que está sufriendo. Sea por falta del estímulo, nacido del convencimiento de la injusticia de la guerra, ó por el mal trato que reciben, ó por las continuas privaciones que sufren y á que no están acostumbrados, ó por la esperanza de proporcionarse en este país privilegiado una vida cómoda, ó por el motivo que se quiera, el caso es que no se pasa un solo día sin que se presenten en nuestros campamentos soldados franceses, que han abandonado sus filas. La desercion es en cualquier ejército, síntoma grave de profunda desmoralizacion: en el francés, tan afamado por su organizacion y disciplina, debe ser todavía más eficaz el efecto moral. Cuando guerreros condecorados con las cruces de Italia y de Crimea, huyen de sus banderas afrontando el peligro de muerte á que se exponen, preciso es que el mal haya echado raíces hondísimas entre las fuerzas agresoras.

El general que las manda se consuela de sus contratiempos expidiendo proclamas, lo cual parece ser su manía favorita. Dos más, publicadas últimamente, hay que agregar al ya largo catálogo de las salidas de su fecunda pluma.

Anuncia la primera que el campo expedicionario va á salir de sus acantonamientos para marchar sobre México. No considera perdido el tiempo pasado en un reposo aparente, pues ha servido para dar á conocer el orden y disciplina de las fuerzas francesas. Reproduce las acusaciones de estilo contra el gobierno de México. Apela á los hechos como una confirmacion de la protesta de que no viene á imponernos un gobierno, sino á arrancar por la fuerza al que dice ser la expresion de la voluntad nacional, la justa reparacion de los agravios recibidos, y á consultar despues esa misma voluntad sobre la forma de gobierno que desea, y sobre la eleccion de los hombres que le aseguren el orden con la libertad en el interior, la dignidad é inde-

pendencia del país en el exterior. Dice que en seguida quedará al ejército francés la obligacion de ayudar al gobierno que se establezca, á marchar resueltamente en la vía del progreso. Y acaba anunciando á los que no mueren, que se reembarcarán en los navios de la Francia para regresar á su patria.

La República se da por notificada del avance del enemigo, al que se prepara á recibir con las flores del 5 de Mayo.

El reposo de los invasores, no aparente, sino real y prolongado, ha servido para darnos á conocer que sabe entregarse á los mayores excesos, como son entrar á sacar poblaciones indefensas, deportar á la Martinica á ciudadanos pacíficos, solo por no ser intervencionistas, y asesinar á oficiales que iban escoltando á agentes diplomáticos.

Los hechos han confirmado con plena evidencia, que se trata de intervenirnos al antojo del gobierno imperial. Al de México, que es indudablemente la expresion de la voluntad nacional, se le quiere dejar solamente el tiempo de vida necesario para que repare los agravios de los franceses, aunque no se dice cómo, si por consecuencia de un tratado impuesto despues de una derrota, ó con sólo ésta. El cambio de instituciones y de gobernantes, se nos asegura que no se nos ha de imponer por la fuerza, pero sí se ha de efectuar bajo el amparo de las bayonetas extranjeras, para que disfrutemos así de plena libertad.

El anuncio de que se prolongará la ocupacion militar del país, para apoyar al gobierno salido de la urna de Forey, es un nuevo testimonio de que será en todo libérrima nuestra accion, no obstante la presencia y la intervencion de nuestros improvisados tutores.

Lo del reembarque de los que quedan con vida, parece dirigido á las tropas francesas; más como la proclama es á los mexicanos, que son los únicos de quienes se habla en toda ella, es indudable que en el final se le fueron los bártulos al escritor.

Indigestion de ideas, confusion en el estilo, contradiccion en lo sustancial, son los caracteres distintivos de esa nueva produccion del general de division, senador y comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.

La segunda proclama es una tierna despedida á los habitantes de Orizaba, en que despues de noticiarles que va á emprender las operaciones militares, cuyos preparativos le han detenido tanto en aquella ciudad, les da las gracias por la seguridad de

que han disfrutado los soldados franceses, á pesar de no contar con las simpatias de los mismos habitantes. Sigue luego el elogio de costumbre de las tropas expedicionarias pintadas como un modelo de civilizacion. Sigue tambien, como siempre, la laudatoria al emperador y la diatriba contra el actual gobierno de México. Entra á renglon seguido la propia alabanza, al asegurar Forey que ruega al cielo bendiga sus armas, no tanto por una vana ambicion de gloria personal, como por la prosperidad de México.

Como en la última obra del general enemigo se repiten varios conceptos de la anterior, los damos por contestados con lo que dijimos de ésta. En cuanto á los puntos nuevos, llamamos la atencion pública sobre la espontánea y significativa confesion de que no han podido los franceses captarse la simpatía de los orizabaños, lo cual prueba, que en los puntos ocupados por los invasores, se conserva vivo, aunque comprimido, el sentimiento de la nacionalidad, pudiéndose juzgar por este antecedente de la popularidad de la expedicion. Los deseos de que se supone animado Forey por nuestra prosperidad, no se concilian bien con su conducta marcadamente hostil, viniéndole, en consecuencia, como de molde, la calificacion de filántropo de la escuela de Napoleon y del marqués de la Habana.

México, que tiene la ingratitud de no aceptar los favores que se propone dispensarle, se apresta al combate contra el que se empeña en hacernos felices de orden superior. Arma al brazo le espera en Zaragoza el ejército de Oriente. El del Centro ha avanzado hasta San Martin Tesmelucan para estar á la mira de los acontecimientos. De Sinaloa, de Guadalajara, de Guanajuato, de Michoacan y de los distritos del Estado de México, han llegado ya, ó vienen en camino, nuevos defensores de nuestra independencia. La *minoría oprimida* se reproduce de una manera portentosa.

Forey, entretanto, está ya en Acatzingo, y sus proclamas, sus movimientos y sus preparativos, denotan que se dispone ya de veras al ataque tantas veces anunciado. Tal nos parece oír, al trazar estas líneas, el estallido del cañon. Confianza, mexicanos: ¡está con nosotros el Dios de los Ejércitos!

México, Febrero de 1863.

JOSÉ M. IGLESIAS.

La cuestión mexicana en el senado español.—Discursos de Alvarez y Luzuriaga.—Discurso íntegro de O'Donnell.—Rectificaciones de Bermúdez de Castro, Calderon Collantes, Armero y Prim.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL ESCMO. SEÑOR VICEPRESIDENTE DUQUÉ DE VERAGÜA.

Extracto oficial de la sesion celebrada el día 24 de Diciembre de 1862.—Orden del día.—Continuacion del debate pendiente sobre el proyecto de contestacion al discurso de la Corona.

El señor vicepresidente: El señor marqués de Miraflores tiene la palabra para rectificar.

(Rectifica, en efecto, brevemente el señor marqués de Miraflores, y lo hacen igualmente los señores marqueses de Navaliches y de la Habana. En seguida se concedió la palabra al señor Alvarez, que la usó en contra del modo siguiente):

El señor Alvarez: Señores, llevo muy tarde á este debate; y no es eso sólo, sino que tal vez llevo mal, pareciéndome en esto al gobierno, el cual llegó tambien mal y tarde á la expedicion de México. Conozco la impaciencia del senado; y atendida esa consideracion, renunciaria la palabra si consultase mi sólo deseo; pero he contraido un deber, y siempre cumplo todos los que contraigo. Seré, no obstante, lo menos molesto posible.

Si consultase tambien mi deseo, trataria de las demás cuestiones á que se refiere el mensaje, no ocupándome de la relativa á México; pero teniendo esta el privilegio de absorber toda la atencion de la cámara y del país, y tal vez el de fijar las miradas del extranjero, no es lícito á un senador, que tiene opinion propia sobre tan grave punto, dejar de exponerla francamente.

Mi punto de vista en esta cuestion, debo manifestarlo ante todo, se desvía algo del en que lo han considerado los demás señores senadores. Puede ser que me equivoque; pero en mi opinion, nuestro plenipotenciario en México, el general español en México, no es discutible por el senado. Este cuerpo no está llamado á juzgar sus hechos como tal plenipotenciario y general despues que el gobierno los ha aprobado. Para el senado no existe en este asunto